



:: [portada](#) :: [Iraq](#) ::

03-06-2019

En Irak los fantasmas promueven la unidad

Robert Fisk

The Independent/La Jornada

En una tierra que ha experimentado tanto sufrimiento -bajo Saddam, los estadounidenses, los ataques del Isis-

En el camino a Amara las cigüeñas hacen sus nidos sobre los postes de luz. Algunos de estos hogares en lo alto miden 1,80 m de ancho; racimos de varas y paja sobre las instalaciones de acero de los descendientes del señor Siemens. Desde esas casas como de cuento, los pájaros se espían unos a otros. También pueden verse sus largos picos apuntando hacia abajo, cuando miran a la pequeña gente de Irak que pastorea a sus ovejas u -asombrosamente, y al comenzar el calor del verano- ondean banderas verdes a la orilla de la carretera como invitación a los peregrinos musulmanes chiítas a detenerse en las aldeas para comer y tomar agua gratis. Esta generosa tradición es verdad.

Los habitantes de estas poblaciones realmente se reúnen a un lado de la carretera y llaman la atención de los conductores que van hacia al norte, muchos de ellos iraníes que van camino a Najaf o Kerbala. Una vez quedé atrapado en un embotellamiento de peregrinos que esperaban para comer. No se paga ni un dinar por este acto de generosidad. Quizá las cigüeñas que bajan de los postes, con sus alas de cometa, aprecian la extraña arquitectura de la piedad y el dinero, la habilidad humana de construir altares de magníficos azulejos azules y blancos a un lado de estacionamientos grises y mueblerías de concreto barato que están a los lados del viejo camino a Basora.

¿No podemos crear belleza y absolver la fealdad del área rural en que las aguas de la inundación están filtrándose de nuevo a los pantanos árabes desecados por Saddam en los terribles años 90? Recuerdo cómo se construyeron casuchas para los pobres junto a las catedrales europeas durante la Edad Media. Tal vez lo uno da significado a lo otro.

Es lo mismo con las grandes ciudades sagradas aquí. Uno puede ir tambaleándose entre el polvo y la contaminación de los autos y encontrar el lugar en que fue sepultado el imán Ali, el yerno del profeta. En Kerbala, las mezquitas de Hussain y Abbas anidan entre las calles repletas de mugre y animales colgados de ganchos sobre la calle y que fueron sacrificados en las carnicerías. Me acostumbré a todo esto.

Cada noche, iba a tomar té en un viejo establecimiento en que los ancianos fumaban en pipas hookah. En una ocasión me atreví a encender un habano que un amigo me regaló en Beirut. Un granjero de mediana edad estaba sentado a mi derecha y me preguntó de dónde venía eso. Le respondí que de Cuba. Dos hombres discutieron sobre esta lejana nación. Sí, sabían quién era Castro y yo preferí olvidarlo en el momento en que recordé que a Saddam le gustaban los habanos. Los tres hombres debatieron sobre esto... con un extranjero entre ellos. Uno tuvo un hermano, quien fue torturado y asesinado en una de las prisiones de Saddam, otro hermano que fue muerto en la insurrección chiíta de 1991. El granjero se buscó algo en el bolsillo de la pechera de su bata y sacó un teléfono móvil. Los tres se reunieron a mi alrededor. Querían una *selfie* con el extranjero y su habano en la ciudad santa de Kerbala.



Dudo en recordar cuántas veces los chiítas sacudieron las cabezas con horror y lúgubre estupor ante el recuerdo de Saddam. Los corresponsales siempre tememos el encabezado obvio -El fantasma de Saddam aún se aparece sobre el Irak devastado por la guerra- cuando fue la invasión de Bush y Blair la que en realidad destruyó a la antigua Mesopotamia. En efecto, Saddam sigue entre los chiítas.

Un conocido recordó los 10 años que pasó en las prisiones de Saddam, y cómo veía por entre los barrotes de su celda y de los respiraderos en el techo cómo los misiles crucero volaban en dirección a Bagdad.

Es notable con cuánta frecuencia surgen chispas de honor en estos recuerdos, desde tiempos distantes cuando la integridad y el respeto eran tan poco frecuentes como lo eran bajo la ocupación estadounidense. Aquí están, por ejemplo, las palabras de un amigo iraquí al hablar de su padre, fallecido hace mucho:

"A principios de los años 50, el gobierno expulsaba a los judíos de Irak. Decenas de miles de ellos fueron obligados a vender sus propiedades lo más baratas posible y, por supuesto, los iraquíes se aprovecharon de esto y compraron hermosos hogares a precios ridículamente bajos. Básicamente le robaron esas casas a los judíos, pero mi padre se rehusó a esto. Ofreció comprarle una casa a un judío, pero insistió en pagársela al precio real, al costo que tenía antes de que los judíos empezaran a irse. Incluso fue al banco con este hombre para asegurarse de que recibiera el dinero que valía la casa. Y ¿sabe que mi padre jamás me dijo esto? Su hermana -mi tía- fue la que me contó lo que mi padre hizo, después de que él murió".

Esa misma noche, en Kerbala, estaba yo leyendo un montón de periódicos franceses que compré semanas antes en París. Tengo el hábito de juntar artículos y leerlos más tarde. Y -en una extraordinaria obra del azar- me encontré una reseña en *Le Figaro* de una exhibición, en Francia, de arte judío de tiempos del nazismo entre 1940 y 1944. En la exhibición había una fotografía de la galería Carpentier de París, en julio de 1944 -del Día D, según mi reflexión-, que mostraba a la élite de la sociedad parisina sentada en varias filas mirando lo que parece ser un retrato de Renoir. En la fotografía las damas elegantes llevan sombreros de plumas y los hombres de negocios usan lentes, se quitaron los bombines y los tienen sobre sus rodillas.

Los franceses, pensé, compraron este botín nazi a precios tan baratos como los de las casas de judíos que los iraquíes compraron a principios de los 50. En el caso de los franceses, muchos de los judíos ya habían sido exterminados. Un estimado sugiere que 2 millones de objetos -obras de arte, vinos, edificios enteros- fueron rematados bajo la ocupación francesa.

Pero el padre de mi amigo mantuvo la fe en su familia en el Bagdad racista de los años 50, y pagó el precio real por un hogar judío. Es sólo una anécdota, lo sé, pero de alguna manera renovó la esperanza de que en una tierra con tanto sufrimiento -primero bajo Saddam y luego bajo los



estadunidenses y sus *apparátchiks* en los primeros años de gobiernos de ocupación, y luego bajo los ataques del culto del Isis- una profunda dignidad debe existir; un valor que mi amigo entendía muy bien.

Cuando llegamos a Bagdad al día siguiente, sacó los brazos por la ventana del auto en el calor de horno de la ciudad. Es mucho más segura, Robert. Ya se puede caminar por las calles. Hasta la Zona Verde está abierta al tráfico en la noche.

Y por todos los cielos, estaba en lo cierto. En el centro de Bagdad tomé taxis, y después de la siete de la noche conduje por la Zona Verde sin que ni siquiera me catearan. Por toda la ciudad, esos enormes muros de angustia y miedo -construidos entre grupos sectarios, entre ocupación y pueblos ocupados, entre familias- ya fueron retirados.

Hay policías que con silbatos le llaman la atención a los conductores por pasarse los altos -bienvenidos a Medio Oriente-, pero se veía como una ciudad cuyo corazón ha vuelto a latir tras un accidente coronario masivo, luego de años de desolación y escuadrones de la muerte.

Pero la ocupación estadounidense permanece, no sólo en la famosa base de Donald Trump desde la cual él cree que puede ver las profundidades de Irán, sino en las aguas estancadas de las políticas de Estados Unidos hacia Irán en las que Washington se alineó con la ecuación de Mohamed bin Salman, de Arabia Saudita, y Benjamin Netanyahu, una peligrosa y nada confiable alianza en la que Irak está atrapado entre las arenas de Arabia y la antigua Persia.

Para los iraquíes la ecuación Trump-Bin Salman-Netanyahu es absurda. El ministro del Exterior iraní, Javad Zarif, fue muy claro al hablar en la conferencia de seguridad celebrada en Munich hace tres meses. Estados Unidos afirmó que Irán estaba interfiriendo en la región y respondió: ¿Pero ya alguien preguntó la región de quien? El ejército de Estados Unidos ha viajado 10 mil kilómetros para dejar todas nuestras fronteras llenas de sus bases. Es un chiste decir que Irán interfiere con las bases estadounidenses.

Es una observación que se ve más terrible tras el aparente ataque contra dos barcos petroleros sauditas que zarparon de los Emiratos esta semana. Si Estados Unidos en efecto tiene una obsesión patológica con Irán, como asegura Zarif, es Irak el que está en la línea de fuego hacia Irán. Y pese al deseo del gobierno iraquí y su primer ministro, Adil Abdul Mahdi, de aferrarse a una especie de neutralidad amistosa, esto se volverá más difícil si un portaviones o un grupo de buques de guerra y los misiles estadounidenses se acercan demasiado.

En teoría -y a pesar del deseo de Estados Unidos de destruir al gobierno iraní- las relaciones entre Irán e Irak han mejorado. ¿No se reunió el gran ayatola Ali al Sistani con el presidente iraní Hassan Rohani en marzo, en un claro signo de que el liderazgo chiíta iraquí prefiere la influencia más laica y civilizada del liderazgo iraní? ¿Será que Irak quiere aumentar su capacidad petrolera dentro del



liderazgo iraní? ¿Acaso Irak no está tratando de incrementar su capacidad de producción de petróleo para reducir su dependencia hacia Irán? Un mes después, cuando el primer ministro Mahdi visitó Teherán, el líder supremo ayatola Ali Jamenei, le dijo que expulsara de Irak lo más pronto posible a las fuerzas estadounidenses que permanecen en su territorio. Mahdi no respondió.

No puede uno culpar a las autoridades iraquíes de no exigir esto. ¿No es la ciudad de Basora, con su sobrepasado drenaje, masivos cortes de electricidad, y el descontento inmenso y violento (además de sus muy rentables reservas de petróleo) más importante en Bagdad que en Irán? ¿No son todavía los gestantes grupos del Isis en los desiertos de Anbar y alrededor de las aldeas más al norte una amenaza mayor que una guerra entre Estados Unidos e Irán? Irak ha pedido a Estados Unidos exentarlo de las sanciones económicas contra Irán hasta el final de este verano, para que pueda importar más gasolina y electricidad.

Pero ¿es necesario torturar a Irak nuevamente? Hay precedentes históricos en juego en todo esto; los iraquíes -y no menos los kurdos- se han escapado del puño militar de Estados Unidos. Nadie sabe cuánto sur del país aún está bajo el control de las milicias chiítas. Un día noté que, al sur de Kerbala, una patrulla del gobierno pasaba sin problemas por los puestos de control chiítas. No deberían estar aquí me dijo mi chofer y señaló a los soldados que llevaban cascos modelo Kevlar de fabricación estadounidense y chalecos antibalas. Pero lo que fue perturbador es que los soldados del gobierno estaban encapuchados con máscaras negras. Y luego recordé que sigue sin haber ministro de Defensa en Irak. Tampoco ministro del Interior.

En cierto sentido Saddam es el sangriento pegamento de la unidad. Cuando escuché que las milicias descubrieron otra fosa común de víctimas del Isis en Kirkuk, me preparé para ir al norte de Bagdad, pero luego se informó que la más reciente tumba masiva fue hallada a 100 millas al oeste de Samawa y que las decenas de cuerpos no eran de chiítas asesinados por el Isis, sino kurdos muertos por Saddam durante la campaña de Anfal en 1988.

El presidente de Irak, Barhem Saleh -quien es kurdo- estuvo presente en la exhumación. Estos mártires murieron porque deseaban una vida digna y libre, declaró. El nuevo Irak no debe olvidar los crímenes cometidos y que costaron vidas a iraquíes de todas las comunidades, dijo.

Y así el nuevo Irak es instado a recordar al viejo fantasma que en 1980, recordemos, declaró la guerra a Irán alentado por Estados Unidos en un intento por destruir la revolución iraní la cual Donald Trump, casi 30 años después, quiere destruir de nuevo.

Recuerdo cuando en 1980 los sauditas apoyaron la guerra de Saddam lo mismo que Kuwait -Israel estaba muy contento de ver a dos poderes musulmanes inmolándose mutuamente- y luego las flotas de guerra estadounidenses fueron enviadas al Golfo y nos dijeron que Irán representaba la más grande amenaza a la paz en Medio Oriente en generaciones.



Es la misma vieja historia y por lo tanto, en cierto sentido, Saddam aún vive, sus legiones siguen surtiendo gasolina a lo largo de la frontera iraní, aún destruyen a los kurdos y amenazan a los chiítas. Las naciones con largas historias tienden a sobrevivir. Por eso Irán sobrevivirá. No estoy tan seguro sobre Irak, Siria, Líbano y Jordania. ¿Qué podemos decir de Israel? ¿O Arabia Saudita? Y contra todo esto, realmente importan los más recientes bramidos de Washington? ¿No nos están pasando la repetición de la misma vieja guerra?

En retrospectiva, la guerra entre Irán e Irak entre 1980 y 1988 fue el primer intento occidental de destruir al Irán revolucionario. La guerra israelí de 2006 contra el Hezbolá armado por Iran pudo haber sido el segundo. La guerra civil en Siria -el único aliado árabe de Irán- pudo ser el tercero. ¿De dónde podemos esperar el cuarto intento?

Puede ser que Irak haya tenido que pasar por pruebas muy duras, pero su pueblo, durante estos 30 años, ha pasado por un purgatorio profundo -y hasta ahora ha sobrevivido. Puede parecer una levedad -quizá un poco demasiado periodístico-, pero quisiera que las cigüeñas pudieran hablar.

Fuente: <https://www.jornada.com.mx/2019/05/26/opinion/021a1mun#>